

EL MENSAJE SOCIAL DE LOS PADRES DE LA IGLESIA



La Familia

Parroquia Inmaculada Concepción
Monte Grande

*La familia es la “célula original de la vida social”.*¹ Para la doctrina cristiana, esta es la relación fundamental entre los conceptos de familia y sociedad,² y es parte del orden natural por inscribirse en la misma naturaleza humana: *la familia es la sociedad natural en que el hombre y la mujer son llamados al don de sí en el amor y en el don de la vida. La autoridad, la estabilidad y la vida de relación en el seno de la familia constituyen los fundamentos de la libertad, de la seguridad, de la fraternidad en el seno de la sociedad.*³

Este concepto es también reflejo de un rico y delicado equilibrio, que puede desvirtuarse en la medida en que la vida social diluya la importancia de la familia, o en la medida en que la dimensión familiar quede encerrada en su dinamismo interno sin abrirse a la sociedad.

El magisterio social de los Padres de la Iglesia, no tan abundante en esta materia como en otras, se centra, por un lado, en las relaciones familiares (sociabilidad, amor, autoridad y orden plural) como fundantes de las relaciones sociales. Por otro lado, los Padres exponen la imperiosa necesidad de la caridad de las familias fuera del ámbito del hogar, hacia los pobres y necesitados.

La familia, germen de la sociedad

La sociedad nace en la familia. En la naturaleza humana está inscrito el llamado a formar familia por la unión conyugal y sus frutos. En su seno, se hacen patentes de un modo muy especial la solidaridad, la pluralidad de roles y la autoridad ordenada a la paz del hogar:

*Dios quiso crear de uno a todos los hombres, para que en su sociedad no sólo fueran unidos por la semejanza de naturaleza, sino también por el vínculo del parentesco. La primera unión natural de la sociedad humana es la del hombre y la mujer. Tampoco los creó Dios separados ni los unió como ajenos entre sí, sino que del hombre formó a la mujer, colocando también el vínculo de unión en el costado, de donde la mujer fue extraída y formada (Gn 2, 21-22). Por el costado se unen entre sí los que caminan juntamente y miran a la vez por donde caminan. Consecuencia de la unión del hombre y la mujer es la prolongación de la sociedad en los hijos, que es un fruto honesto, no de la simple unión del marido y la mujer, sino de la relación conyugal de los mismos, pues podría existir entre uno y otro sexo, sin el comercio matrimonial, otro género de unión, amistosa o fraterna, en la que uno de ellos fuera el que mandara y el otro obedeciera.*⁴

*...Lo mismo que en las ciudades, quiso Dios que en cada familia reinara también la mayor concordia; y así, al varón lo honró con el mando y la autoridad, mas a la mujer la armó con el amor, y a los dos les hizo el regalo de la generación de los hijos, con otros vínculos de unión por El dispuestos. Y es así que ni todo se lo encomendó al hombre, ni todo a la mujer.*⁵

*...La casa del hombre debe ser principio o germen de la ciudad, pero todo principio dice relación a algún fin de su género, y toda parte a la integridad del universo, del cual es parte. Es evidente y lógico que la paz doméstica se refiere a la paz de la ciudad; es decir, que la ordenada concordia de los que en la casa mandan y obedecen está relacionada con la ordenada concordia de los que mandan y obedecen en la ciudad.*⁶

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica* (núm. 2207); Buenos Aires: Ed. Lumen, 1992. Acerca de los temas tratados en este fascículo, recomendamos la consulta del *Catecismo*, núms. 2201-2233

² No obstante, no se trata de una obviedad, pues no todas las concepciones sociales lo comparten. El socialismo clásico, por ejemplo, despersonaliza al ser humano y reduce la importancia de la familia, al entenderlos como manifestación de la “auténtica realidad subsistente”: la sociedad. Cfr. Charbonneau, P. E.; *Cristianismo, sociedad y revolución* (pp. 257-258); Salamanca: Ed. Sígueme, 1969

³ *Catecismo de la Iglesia Católica* (núm. 2207); Buenos Aires: Ed. Lumen, 1992

⁴ San Agustín; *Del bien del matrimonio* (Cap. I, núm. 1) (Sierra Bravo, R.; *El mensaje social de los Padres de la Iglesia [MSPI]*; Madrid: Ed. Ciudad Nueva, 1989, núm. 1157)

⁵ San Juan Crisóstomo; *Sobre la I Epístola a los corintios* (Homilía XXXIV, núm. 4) (MSPI núm. 682)

⁶ San Agustín; *La ciudad de Dios* (Libro XIX, cap. XVI) (MSPI núm. 1170)

La mayor misión y obra de amor de los padres hacia los hijos es prepararlos lo más perfectamente para la vida en libertad, lo cual se logra por el camino de la virtud:

...Sea para nosotros secundario todo al lado del cuidado de los hijos, y señaladamente al lado de «educarlos en la disciplina y corrección del Señor» (Ef 6, 4). Si desde el comienzo aprenden a aspirar a la más alta virtud, habrán adquirido una riqueza superior a toda riqueza y una gloria superior a toda gloria. Enseñándoles un arte y disciplina profana por la que puedan adquirir riquezas no habrás hecho tanto como enseñándoles el arte de despreciarlas. Si quieres hacerlos ricos, hazlo así. Y es así que no es el rico el que necesita de muchas



cosas, ni siquiera el que mucho posee, sino el que no tiene necesidad de nada. Educa en eso, enseña eso a tu hijo; ésa es la máxima riqueza. No busques cómo le hagas brillar en las ciencias profanas ni cómo sea ilustre; cuidate más bien de cómo le enseñes a menospreciar la gloria de la presente vida. He ahí el modo de que sea más ilustre y glorioso...⁷

Sin embargo, en el orden material, San Agustín subraya que la familia debe disponer de los bienes materiales necesarios para su desenvolvimiento natural:

...Cuando enseña y ordena cómo se deben comportar las mujeres con sus maridos y los maridos con sus mujeres, los hijos con sus padres y los padres con sus hijos, los siervos con sus señores y los señores con sus siervos. [...] ¿cómo puede realizarse esto sin casa y sin algún bien familiar?⁸

La generosidad, rasgo distintivo de la familia cristiana

Actualmente, la Iglesia exhorta a las familias a practicar la caridad hacia la sociedad, sirviendo a los necesitados de modo particular y asociado, en el plano material, social y espiritual.⁹ En este sentido, también, los Padres de la Iglesia son categóricos, reclamando de las familias una total generosidad material y espiritual para con los pobres y necesitados, a quienes anteponen, en muchos casos, a los propios hijos. Identifican los Padres, en la preocupación de la familia por la seguridad del hogar y de los hijos, el origen de un grave pecado: la avaricia. E identifican a los pobres nada menos que con Cristo. Los beneficios de la entrega generosa son incalculables: la atracción de las gracias divinas y la verdadera continuación de la herencia familiar:

...La riqueza es necesaria por razón de los hijos. Bonito pretexto es ése de la avaricia. Echas por delante a tus hijos, pero lo que quieres es satisfacer tu corazón. [...] ¿Es que los evangelios no se escribieron también para los casados: «Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres» (Mt 19, 21)? Cuando pedías a Dios muchos hijos, cuando le rogabas te hiciera padre de familia, ¿añadiste acaso esta cláusula: «Dame hijos para desobedecer a tus mandamientos, dame hijos para no llegar al reino de los cielos»? ¿Y quién responde de la libre voluntad de tu hijo y que


⁷ San Juan Crisóstomo; Sobre la Epístola a los efesios (Homilía XXI, 2) (MSPI núm. 712)

⁸ San Agustín; Epístolas. Epístola 157, a Hilario (núm. 30) (MSPI núm. 1046)

⁹ Cfr. Juan Pablo II; Familiaris Consortio (núm. 44); Roma: Libreria Editrice Vaticana, 1981.

usará debidamente de lo que se le da? [...] «Yo dejo mi riqueza al que viene detrás de mí, pero, ¿quién sabe si será discreto o insensato?» (Ecl 2, 18).¹⁰

Yo –dicen– tengo que criar a mis hijos, gobernar mi casa, dar de comer a mi mujer y atender a mil gastos inevitables. No tengo, por ende, de dónde sacar para hacer limosna a los que me piden. ¿Qué dices? ¿Que tienes que criar a tus hijos y por eso no das limosna a los que te piden? Pues por eso justamente, por tus hijos, debes dar limosna a los necesitados. Es el medio de mirar por ellos, de hacerles, por un puñado de dinero, propicios al mismo Dios que lo da, de dejarles por protector a Dios aun después de tu muerte, de atraerles una gran bendición de lo alto por un poco de riqueza que se gasta por Dios.¹¹



LA FAMILIA ATRAVIESA UNA CRISIS CULTURAL PROFUNDA, COMO TODAS LAS COMUNIDADES Y VÍNCULOS SOCIALES. EN EL CASO DE LA FAMILIA, LA FRAGILIDAD DE LOS VÍNCULOS SE VUELVE ESPECIALMENTE GRAVE PORQUE SE TRATA DE LA CÉLULA BÁSICA DE LA SOCIEDAD, EL LUGAR DONDE SE APRENDE A CONVIVIR EN LA DIFERENCIA Y A PERTENECER A OTROS Y DONDE LOS PADRES TRANSMITEN LA FE A SUS HIJOS. EL MATRIMONIO TIENDE A SER VISTO COMO UNA MERA FORMA DE GRATIFICACIÓN AFECTIVA QUE PUEDE CONSTITUIRSE DE CUALQUIER MANERA Y MODIFICARSE DE ACUERDO CON LA SENSIBILIDAD DE CADA UNO. PERO EL APORTE INDISPENSABLE DEL MATRIMONIO A LA SOCIEDAD SUPERA EL NIVEL DE LA EMOTIVIDAD Y EL DE LAS NECESIDADES CIRCUNSTANCIALES DE LA PAREJA. COMO ENSEÑAN LOS OBISPOS FRANCESES, NO PROCEDE «DEL SENTIMIENTO AMOROSO, EFÍMERO POR DEFINICIÓN, SINO DE LA PROFUNDIDAD DEL COMPROMISO ASUMIDO POR LOS ESPOSOS QUE ACEPTAN ENTRAR EN UNA UNIÓN DE VIDA TOTAL» (CONFÉRENCE DES ÉVÊQUES DE FRANCE. CONSEIL FAMILLE ET SOCIÉTÉ, ELARGIR LE MARIAGE AUX PERSONNES DE MÊME SEXE? OUVRONS LE DÉBAT!, 28 SEPTIEMBRE 2012).

Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 66

¿Y qué les voy a dejar a mis hijos?, me replicas. En primer lugar, yo no te mando que lo gastes todo. Y, en segundo, aunque lo gastaras todo, de ese modo harías más ricos a tus hijos, dejándoles, en lugar de riquezas, a Dios propicio, la opulencia de la limosna e infinitos protectores y bienhechores aun entre los hombres. A los avaros los aborrecemos por más que ningún daño nos hayan hecho; a los que saben, por lo contrario, practicar la misericordia, aun cuando personalmente no hayamos gozado de su liberalidad, los respetamos y amamos, y no sólo a ellos, sino a sus hijos.¹²

No perdones a los tesoros caducos y vanos. No quieras, bajo capa de piedad, aumentar tus riquezas. Las reservo —dices— a mis hijos. Gran excusa. Veamos: tu padre las guardó para ti, tú las guardas para tus hijos, éstos para los suyos, y así sucesivamente, y nadie cumple el mandamiento de Dios. ¿Por qué no, por el contrario, consagras todo a Aquél que te hizo de la nada? Él te alimenta a ti y a tus hijos con los bienes que ha creado. No encomiendas mejor tu patrimonio a tus hijos que a tu Creador.¹³

¹⁰ San Basilio; Homilía contra los ricos (núm. 7) (MSPI núm. 172)

¹¹ San Juan Crisóstomo; Sobre la fe (Homilía II, 9) (MSPI núm. 465)

¹² San Juan Crisóstomo; Sobre el hombre que se hizo rico (Homilía II, núm. 3) (MSPI núms. 515-516)

¹³ San Agustín; Sermones (Sermón IX, núm. 20) (MSPI núm. 1103)

...Sólo debemos pensar en Jesucristo al hacer estas dádivas espirituales, quien nos aseguró que Él mismo las recibía. No debemos, pues, anteponer nuestros hijos al Señor, como Él mismo nos instruye y amonesta: «Quien ama a su padre o madre más que a mí no es digno de mí, y el que ama a su hijo o hija más que a mí no es digno de mí» (Mt 10, 37). [...] Lo que corrobora San Juan en su Epístola, cuando asienta que no existe la caridad de Dios en aquellos que no quieren socorrer a los pobres: «Quien tuviere –dice– bienes de este mundo y viendo a su hermano necesitado no tuviere compasión de él, ¿cómo puede poseer la caridad de Dios?» (1 Jn 3, 17). [...]

...Aquella viuda del libro I de los Reyes, después de haber consumido todas las provisiones para remediar el hambre y la sed, con el poco de harina y aceite que le quedaba preparó un pan al rescoldo, [...] y, con ser madre, no antepuso, en el hambre y la necesidad, sus hijos a Elías. [...] Elías, pues, que es figura de Jesucristo, para mostrar la recompensa que el Señor devuelve a los individuos por las obras de misericordia, respondió y dijo: «Esto dice el Señor: Las vasijas de harina y la aceitera no menguarán hasta el día en que el Señor envíe lluvia sobre la tierra» (1 Rey 17,14). Según la divina promesa se multiplicó lo que había dado la viuda, y por los méritos de esta obra justa y misericordiosa Dios colmó las vasijas de harina y aceite, acrecentándolas milagrosamente. [...]

Pero dirás que tienes muchos hijos y te retrae su número de insistir en las buenas obras con largueza. Mas por esto mismo que eres padre de muchos hijos debías hacer más intensamente obras de misericordia. Porque son muchos por los que tienes que suplicar al Señor, cuyos delitos han de ser redimidos, sus conciencias purificadas, libertadas sus almas. Como en esta vida del siglo cuanto mayor es el número de hijos tanto más es el gasto que hay que emplear para su alimento y sustento, así, en la vida espiritual y celestial, si muchos son los hijos, mucho debe ser lo que se destine en buenas obras.

Así obraba Job cuando ofrecía numerosos sacrificios por sus hijos, pues en proporción a los que de él dependían, era lo que daba a Dios y el número de las víctimas [...]: «Job, hombre veraz y justo, tuvo siete hijos y tres hijas y los purificaba ofreciendo por ellos víctimas a Dios según su número y por sus pecados un novillo» (Jb 1, 2-5). [...]

«Joven fui y ahora ya soy viejo, y no he visto al justo abandonado ni a sus hijos carecer de pan. Siempre se compadece y presta, y es bendecida su descendencia» (Sal 36, 25). Y en otro lugar: «Quien vive sin tacha ni injusticia dejará detrás de sí hijos bienaventurados» (Prov 20, 7). Así, pues, tú [...] que te preocupas más del patrimonio terreno que del celestial, que prefieres confiar tus hijos al diablo y no a Cristo, cometes a la vez doble crimen: uno, porque no provees para tus hijos el auxilio de Dios Padre, y otro, porque les enseñas a amar más las riquezas que a Cristo.

Sé más bien para tus hijos un padre tal como Tobías lo fue con el suyo, dándoles, como aquél a éste, preceptos útiles y saludables, y ordena a tus hijos lo que Tobías ordenó al suyo cuando le dijo: [...] «Todos los días de tu vida, hijo amadísimo, ten presente a Dios y no quieras despreciar sus preceptos. Sé justo siempre y no te extravíes por los caminos de la iniquidad, porque si obras según la verdad, se tendrán en cuenta tus buenas acciones. Haz limosna de tus riquezas y no apartes tu rostro de ningún pobre. De este modo Dios no apartará su faz de ti. Según tus posibilidades, hijo, así obra. Si poseyeres muchos bienes, haz con ellos muchas limosnas; si tuvieres poco, da algo de este mismo poco. Y no temas si haces limosna, pues te procuras buen galardón para el día de la ira, porque la limosna salva de la muerte y libra del fuego del infierno. Obra excelente es la limosna para todos los que la practican delante de Dios supremo» (Tob 4, 2-16).¹⁴

¹⁴ San Cipriano de Cartago; De las buenas obras y de la limosna (XVI-XX) (MSPI núms. 839-846)

“Es significativo cómo —incluso en la cultura individualista que desnaturaliza y hace efímeros los vínculos— en cada nacido de mujer permanece vivo una necesidad esencial de estabilidad, de una puerta abierta, de alguien con quien entretener y compartir la historia de la vida, una historia a la cual pertenecer. La comunión de vida asumida por los esposos, su apertura al don de la vida, la custodia recíproca, el encuentro y la memoria de las generaciones, el acompañamiento educativo, la transmisión de la fe cristiana a los hijos...: con todo esto la familia continúa siendo escuela inigualable de humanidad, contribución indispensable a una sociedad justa y solidaria (cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 66-68).”

(Fragmento del discurso del Papa Francisco para el Encuentro de las Familias realizado en la Plaza de San Pedro el 4 de octubre de 2014)